

extremo, eso justificaría plenamente la desconfianza que me inspira su carácter. Él reflexionará y el interés de su seguridad hará contrapeso á su tendencia á las fanfarronadas. Es, además poco delicado al no comprender lo penoso que sería para mí tener con él relaciones, ni aun amistosas, después de lo que ha pasado.

Para Florencia, lo que había pasado era la muerte trágica de Lefrançois. Satisfecha con este eufemismo, calmada por su razonamiento y refrescada por su paseo al aire libre, se despidió de su padre en la puerta del salón, se dirigió á su cuarto y se dispuso á dormir un pacífico sueño.

XIV

Bernardo no durmió. Se instaló en su cuarto y pasó la noche fumando y sondando con profunda tristeza el vacío de su vida. ¿Quién podía contenerle en la pendiente en que rodaba? Su ocupación única había sido el placer y éste le faltaba de pronto. Ni una sola hora de su pasado se había empleado en algo útil; ni un momento de su porvenir le prometía una tarea fecunda. Era incapaz de servir para algo á los demás ni á sí mismo.

Este pensamiento produjo en él un tedio mortal. Se miraba á sí mismo y le parecía que todo había acabado para él. Aun en el caso de que Florencia hubiese consentido en obedecerle, ¿qué hubiera llegado á ser á su lado? ¿Se hubiera llenado así el vacío de su existencia? Su amor hubiera acabado, como todos los amores, y se hubiera encontrado en el mismo vacío, con más cansancio y más penas.

En aquella hora suprema maldecía su pereza que le había hecho inútil para todo trabajo y envidiaba al hombre laborioso que desde la mañana hasta la noche se entrega á su terea y absorbido por su labor cotidiana ignora lo que es el aburrimiento. Se convenció de que la desgracia más funesta para un hombre es la ociosidad, de que el trabajo es el único regulador de la vida y de que fuera de él no hay más que decepciones y tristezas.

¿ En qué había empleado hasta entonces su juventud? Había derrochado el dinero que reunió su padre; había cambiado de queridas, sin cambiar de sensaciones y había llegado á la hora del abandono tan cansado, tan desanimado, que no tenía ya fuerza ni gusto para continuar aquel camino tan insípido y monótono.

La luz del alba puso término á aquella dolorosa agonía moral. Bernardo abrió la ventana para respirar el aire puro y vivo de la mañana. El sol apareció circundado de una bruma rosada y la naturaleza se despertaba sonriente adornada con los velos de la aurora, y ante aquella serenidad imperturbable de las cosas el joven tuvo un movimiento de cólera. Pensó que acaso en aquel momento Florencia echaba á los jardines, brillantes de rocío, una mirada que no era dolorosa como la suya, sino gozosa por ser libre. ¿ Qué importaba

para aquella ingrata el mal que había hecho? Era de la raza de esas duras conquistadoras de hombres que no se apasionan más que por los que resisten. Bernardo había cedido, estaba vencido y nada tenía que esperar.

Una repentina gravedad oscureció su frente; el recuerdo de Daniel se había presentado en su memoria. Tan abandonado, tan herido, tan cobardemente engañado como él, Daniel no se había vengado y soportaba noblemente el daño que se le causaba. Era preciso poner término á aquella prueba cruel. Envilecido á sus propios ojos, Bernardo vió un principio de rehabilitación en la defensa que pensaba hacer del cura de Favieres. ¿ Pero bastaba eso? ¿ No debía una indemnización á aquel admirable sacerdote? ¿ El suplicio que sufría hacía una semana no merecía otra recompensa que la de que se proclamase su inocencia? Las persecuciones de Lefrançois no habían terminado con su muerte y debían continuar á nombre de la viuda. ¿ No era justo devolver al sacerdote la tranquilidad al mismo tiempo que el honor?

Bernardo se sentó á su escritorio y escribió esta carta: « Señor... Agradeceré á usted que cese toda gestión contra el señor cura de Favieres con motivo de los créditos comprados por el señor Lefrançois. Me obligo á pagar los cuarenta y dos mil francos, más los gastos, debidos por el padre

Daniel. Ruego á usted que presente los documentos con esta carta al señor Rampon, notario de Beaumont, que pagará esta deuda.» Puso el sobre al alguacil de embargos de Favieres, y aliviado por aquel principio de reparación, se vistió, dió orden de enganchar el coche y al dar las nueve partió para la ciudad.

Aquella mañana el señor Goussard, fiscal de la Audiencia, había hecho llamar á su despacho al señor Hubert, á fin de enterarse de la marcha de la instrucción, y ambos magistrados estaban fumando y hablando familiarmente.

— No tengo que dar á usted ningún consejo, querido amigo, decía el fiscal; es usted dueño de sus actos y nadie tiene derecho á influir en sus determinaciones, pero tengo la convicción de que violentando como hasta aquí al padre Daniel no conseguirá usted nada.

— Lo sé y me parece tanto más irritante cuanto que ese hombre lo sabe todo y ni siquiera lo disimula, sino que me hace comprender que sufrirá los peores martirios antes que decir una palabra. Le he dado cien vueltas de todos modos y tanto hubiera valido interrogar al mármol de esta chimenea. Y, después, me desarma su dulzura. Ni una palabra de protesta ni un movimiento de impaciencia. Parece un misionero entre los salvajes que se disponen á devorarle. Reza por mí

mientras le martirizo y casi me da vergüenza.

— No le interrogue usted más.

— ¿Entonces, debo abandonar la instrucción?

— Dejarla dormir, solamente, durante algún tiempo.

— Los periódicos radicales de la provincia me piden todas las mañanas la cabeza del cura. Estoy á punto de ser tratado de clerical y de jesuíta.

— ¿Y eso le preocupa á usted?

— No, señor fiscal, pero hay que considerar que juego mi carrera en este momento y que no tengo bienes de fortuna.

— Señor Hubert, sé que es usted una buena persona y un digno magistrado.

— ¡Ah! Si no hubiese echado á un lado los testimonios sistemáticamente acusadores de toda la demagogia de Favieres, nada sería más fácil que fundar sobre pruebas de aparente certeza la culpabilidad del cura.

— Bastante hubiera usted adelantado si tenía después que reconocer su inocencia...

— Nadie hubiera podido probarla. La confesión misma del culpable no hubiera destruído la acusación de complicidad... La presencia del cura en el sitio del crimen; la imposibilidad en que se encuentra de explicar en qué empleó las tres horas que median desde su salida de Maisoncelle y su vuelta á Favieres; la denuncia de Lefrançois, ya

se tome como una acusación formal ó ya como indicación de que se pidiese el testimonio del cura, son hechos que bastan para establecer de un modo irrefutable de cooperación del padre Daniel. Un juez un poco vehemente ó menos concienzudo hubiera podido seguir esa conducta y con el apoyo de la opinión pública...

— Sí, todo lo que usted dice es perfectamente exacto y ahí está el peligro de este asunto desde el punto de vista social. Se hubiera podido fácilmente echar una víctima á las fieras. Pero es ya muy lamentable que en los últimos tiempos la magistratura haya tenido que estar á las órdenes del gobierno. Hay que oponerse á esas tendencias con tanto más firmeza cuanto más grande sea la audacia con que se nos solicite.

Un ujier abrió la puerta é interrumpió el período oratorio del fiscal.

— ¿Qué hay? preguntó el magistrado con alguna impaciencia.

— Señor fiscal, una persona que pide hablar al señor Hubert para un asunto urgente. Esta es su tarjeta.

El fiscal la tomó, leyó el nombre y volviéndose hacia el juez de instrucción, dijo sencillamente :

— Bernardo Letourneur.

Por la ingrata fisonomía del señor Hubert pasó un destello de satisfacción. El juez se apoderó de

la tarjeta como si hubiera contenido una confesión, y dijo al ujier :

— Lleve usted á esa persona á mi despacho. Voy en seguida.

— Ya lo ve usted, amigo, dijo el fiscal, la fortuna se declara favorable. Es casi seguro que va usted á saber cuanto necesita. Si es usted hábil, esta tarde será usted dueño del secreto de toda esa gente. Vaya usted, no pierda tiempo. La ocasión es buena y hay que aprovecharla.

Cuando el juez entró en su despacho se encontró con Bernardo Letourneur sentado junto á la chimenea. Saludó al joven con un leve movimiento de cabeza y dijo sentándose en su puesto :

— Quería usted hablarme, caballero. Ya le escucho. ¿ De qué se trata?

— De la muerte del señor Léfrançois...

— ¡ Ah!

— Señor juez de instrucción, usted persigue á un inocente. El cura de Favieres no es culpable...

— ¿ Puede usted probarlo?

— Sí, señor.

— ¿ Conoce usted, pues, al asesino?

— Le conozco.

— ¿ Quién es?

— Yo.

El juez esperaba revelaciones importantes, pero no semejante golpe teatral, y se quedó aturdido á

pesar de su habitual sangre fría. Miró á aquel joven de aspecto tranquilo y dulce, que confesaba con facilidad tan extraordinaria que había matado un hombre, y se preguntó si tenía que habérselas con un loco; pero Bernardo parecía en su sano juicio, hablaba con gravedad y con acento de tristeza y esperaba plácidamente que el juez siguiese interrogándole.

— Señor mfo, dijo éste, recobrando la tranquilidad, comprenderá usted que después de la declaración que acaba de hacerme, debo tratarle como acusado.

Bernardo inclinó la cabeza sin responder. El juez llamó y dijo al escribano, que se presentó en la puerta:

— Entre usted y apercíbase á recoger las palabras de este señor.

El juez apoyó los dos codos en la mesa, puso la barba en la mano y continuó:

— ¿Es usted, pues, quien mató á Lefrançois?

— Sí, señor juez.

— ¿Dónde?

— En una cabaña situada en los bosques de Maisoncelle.

— ¿Con qué arma?

— Con una maza de leñador que estaba en la cabaña.

— ¿Y por qué le hirió usted?

— Porque él acababa de tirarme un tiro á boca de jarro.

— ¿Pretende usted, pues, haber obrado en legítima defensa?

— Esa es la verdad. En cuanto me disparó el tiro, me arrojé sobre Lefrançois. En la lucha caímos al suelo y mientras él trataba de coger su escopeta para dispararme el segundo tiro, cayó por azar en mis manos la maza y me serví de ella.

— ¿Y por qué razón disparó Lefrançois contra usted?

— Porque habíamos tenido una discusión á propósito de un préstamo que debía hacerme, y como era muy grosero, me insultó. Perdí la paciencia y le di un bofetón, y él, arrebatado por la cólera, se sirvió de una escopeta que tenía consigo.

— ¿Estaba usted solo con él cuando surgió esa discusión?

— Solo.

— ¿Está usted seguro?

— Perfectamente seguro.

— ¿Qué papel ha desempeñado en este asunto el cura de Favieres?

— El de un amigo fiel y un sacerdote admirable. Le encontré en el momento en que llevaba yo cargado á Lefrançois para echarle en el lago de Mai-

soncelle y hacer creer en un accidente, y me ayudó á transportarle á su casa.

— ¿De modo que el padre Daniel ayudó á usted á llevar á Lefrançois?

— Sí, señor juez.

— ¿Y se limitó á eso su participación?

— Á ese acto de generosidad hacia mí y de caridad para con la víctima, sí, señor juez.

— ¿Qué hora era cuando llegaron ustedes?

— La una de la madrugada, próximamente.

— ¿Estaba usted solo con el padre Daniel?

— Sí, señor.

— ¿No se reunió nadie con ustedes en el camino?

— Nadie.

— ¿No apareció la señora de Lefrançois?

— No, señor.

— ¿En ningún momento?

— En ninguno.

— Pues yo creo saber que estaba con ustedes cuando entraron en la casa.

— No es exacto.

— ¿Afirma usted que estaba solo con Lefrançois cuando le mató y que le llevó á Fresqueville ayudado solamente por el cura de Favieres?

— Sí, señor juez.

El juez llamó y dijo al ordenanza que acudió á su llamamiento :

— Que traigan al padre Daniel.

Se dirigió á Bernardo y añadió :

— Voy á interrogarle de nuevo. Después le confrontaré con usted, si ha lugar.

Se inclinó hacia el escribano y le habló al oído. Bernardo comprendió que daba orden para que le guardasen en una habitación próxima. El escribano se levantó, abrió una puerta é hizo al joven seña de que le siguiera. En una sala de espera bastante grande y muy clara había sentados en un banco dos gendarmes que se levantaron vivamente y escucharon con aire grave las palabras del escribano. Bernardo comprendió por su actitud que acababan de encargarse de vigilarle. Se sentó pacíficamente junto á la pared y esperó.

En aquel momento entró el cura de Favieres en el despacho del juez. El sacerdote había cambiado mucho en una semana. Flaco, en su sotana raída, su hermosa frente presentaba un enfermizo color amarillento y sus ojos tristes y su boca contraída acusaban un profundo sufrimiento.

— Siéntese usted, señor cura, dijo el juez con una entonación de dulzura que el alma sensible del sacerdote percibió inmediatamente. ¿Insiste usted en su negativa de darme á conocer cómo fué asesino el señor Lefrançois?

— No puedo hablar, señor juez, dispénseme usted.

— No, señor, no le dispenso, pues es usted causa

de que mi sumario esté parado hace una semana y de que yo le atormente á usted inútil y casi cruelmente.

— No acuso á usted, señor juez, créalo. Hago justicia, por el contrario, á su bondad, que me ha ahorrado muy duras pruebas.

— Creo, con gran contento mío, que esas pruebas van á terminar, señor cura. Por fin conozco al culpable...

El padre Daniel reprimió un estremecimiento. Pero el cura era tan diestro como el juez y, con prudente desconfianza, no dijo una palabra, por temor de caer en un lazo.

— Sí, conozco al culpable, que ha venido á denunciarse á sí mismo. Es su amigo de usted y antiguo discípulo Bernardo Letourneur.

El juez de instrucción trató de sorprender en la fisonomía del cura el efecto de esta noticia hábilmente graduada, pero su astucia no dió resultado, pues el sacerdote permaneció impasible y se sustrajo á su examen bajando la frente.

— ¿Quiere usted ahora responderme? Ya ve usted que estoy bien informado. El señor Letourneur me ha dicho que usted le ayudó por humanidad á transportar el cuerpo del herido hasta Fresqueville. ¿Qué hacía la señora de Lefrançois mientras ustedes caminaban con su triste carga?... ¿Se adelantó para observar el camino?

El sacerdote movió la cabeza y respondió:

— Señor juez, si está usted informado, ¿por qué me pregunta? Si no lo está usted, ¿por qué insiste en tenderme lazos? He dicho que mi deber me impone el silencio. Si conozco ese secreto, crea usted que mi conciencia sabrá guardarlo.

— Tiene usted interés en hablar.

— Pero mi honor me manda callarme.

— ¿Para qué ya?

— Ahora más que nunca. Lo que yo dijera no le sería á usted útil y á mí me haría un daño irreparable.

— ¿Tendré que renunciar entonces á que usted confiese?

— Sí, señor juez, dijo el cura con una pálida sonrisa. Yo soy el que confieso á los demás.

— ¡Vamos allá! Puesto que no puedo vencerle, voy, al menos, á convencerle.

Llamó y dijo al que abrió la puerta:

— Haced entrar al señor Letourneur.

Daniel, temblando de emoción, vió por el hueco de la puerta entreabierta los uniformes galoneados de los gendarmes y después la alta silueta de Bernardo. Su amigo se presentó.

El juez observó que los dos palidecían y hacían un movimiento para ir el uno hacia el otro.

— Señor cura, puede usted dar la mano al señor Letourneur.

Los dos amigos prorrumpieron en un grito de reconocimiento y se abrazaron estrechamente. En seguida recobraron la calma y esperaron.

— Señor Letourneur, dijo el juez, no he podido hacer creer al padre Daniel que me había usted confesado la verdad.

— Es cierto, amigo mío, dijo Bernardo, todo lo he confesado. El señor juez sabe que me ayudaste á llevar á Fresqueville al desgraciado Lefrançois... Estás pues limpio de toda sospecha y altamente honrado por tu caridad y tu abnegación...

— Pero ¿y tú, desgraciado?

— Yo, sufriré mi suerte... Lo importante era disculparte, defenderte y eso, gracias á Dios, ya está hecho.

El juez esperaba que uno ú otro pronunciasen alguna palabra que fuese una recomendación, una advertencia acerca del asunto, pero no la dijeron. ¿Fué delicadeza, descuido ó extremada habilidad? Ni una palabra respecto de Florencia. El juez pensaba: « No se toman el trabajo de ponerla fuera de causa, como si no hubiera para qué. Si les interrogo juntos, voy á hacerles ver lo que me propongo y no sacaré nada en limpio. Conviene separarlos, ahora que el cura está enterado de la situación de su amigo ».

— Señor cura, dijo, no quiero prolongar ni un minuto la prisión de usted y voy á dar orden

para que le pongan en libertad. Le pido salamente que siga á mi disposición como testigo porque tendré que oírle aún durante el sumario. Ruégole comprenda que mi deber me ha obligado á obrar con usted como lo he hecho... ¿Quiere usted que avise á Monseñor Esperandieu de su salida de la cárcel?

— Mucho lo agradecería. Su Ilustrísima se alegrará por el honor de su clero.

— ¡Está bien! Puede usted retirarse.

Daniel y Bernardo estaban de pie el uno enfrente del otro. El cura miró á su amigo con ojos llenos de lágrimas y le dijo:

— Hasta la vista, Bernardo; gracias por tu generoso sacrificio.

— Adiós, Daniel, respondió el joven, y añadió inclinándose con repentina y viva emoción:

— ¡Dame tu bendición!

El cura de Favieres irguió toda su estatura, su frente se iluminó, sus ojos brillaron como si los hiriese un destello celestial y dijo con aquella voz que sabía conmover los corazones:

— Que el Señor te asista y te proteja, hijo mío, porque has llorado y te has arrepentido.

Levantó la mano y la colocó lentamente en la cabeza de Bernardo, como para purificarle de todas sus faltas. Saludó después gravemente al juez y salió.

El juez de instrucción continuó el interrogatorio del acusado:

— He hecho algunas preguntas al padre Daniel y ahora es preciso que ponga en claro con usted determinados hechos. Si, como usted asegura, la herida de Lefrançois fué inferida en legítima defensa, será fácil encontrar en la cabaña las señales del tiro.

— La pared está señalada por los plomos.

— Pero ¿por qué esa cita singular en una cabaña y en el bosque? Usted era amigo de Lefrançois y podía ir á Fresqueville.

— La cabaña está más cerca de mi casa y de este modo abreviábamos el camino que yo tenía que hacer á caballo.

— ¿Por qué no iba usted en el ferrocarril? ¿Á qué venían esos misterios?

— Caprichos míos.

— ¿Y por qué esa visita de noche?

— Porque Lefrançois lo quiso así.

— Él fué á la cita con una escopeta. ¿Temía algo de usted?

— De mí, nada. Pero sí, sin duda, de la gente del país, de los cazadores furtivos á quienes hacía perseguir...

— ¿Dónde está la escopeta con que disparó? ¿La llevó usted á Fresqueville?

— No, señor. Después que salí de Fresqueville

y me separé de mi amigo Daniel, volví á la cabaña para coger mi caballo y volverme á mi casa. Entonces me apoderé de la escopeta y la arrojé á la laguna de Maisoncelle. Allí se la encontrará fácilmente, hacia la orilla. Los cartuchos están en los cañones, uno de ellos disparado.

— De modo que la discusión empezó porque Lefrançois no quería prestar á usted dinero y esa discusión dió margen á una lucha...

— Sí, señor juez.

— Pues bien, me veo obligado á decir á usted que su explicación no tiene pies ni cabeza. Se empeña usted en descartar del asunto á la señora de Lefrançois y no puede conseguirlo. Esa señora fué cómplice, material ó moralmente. Haría usted mejor diciendo la verdad.

— Eso es lo que hago.

— No. Usted era amante de la señora de Lefrançois é iba á verla por las noches. Por eso pasaba usted por el bosque. Al salir de su casa fué usted sorprendido por Lefrançois que le acechaba. Es probable que la joven acompañase á usted hasta la cabaña y que fueran descubiertos allí por el marido. Si consigue usted probar que Lefrançois le descargó la escopeta, habrá que hacer constar que no fué por haberle sorprendido en flagrante delito de adulterio y esto no podrá usted hacerlo. La señora de Lefrançois tendrá

que intervenir en el proceso y resultará comprometida haga usted lo que quiera.

Hubo un momento de silencio. Bernardo veía que el juez, por una especie de adivinación y por la fuerza de la lógica, conocía los hechos y los exponía con todas sus circunstancias. Y todas esas suposiciones eran confirmadas por el semblante alterado del joven.

Como el juez se veía dueño de la verdad, quiso penetrarla por completo.

— Bien comprende usted que mi primer deber es citarla como testigo y una vez que la tenga en mi presencia tendrá que explicarme qué papel desempeñó en aquella escena, cómo encontró á su marido, quién la advirtió el estado en que se encontraba y quién la ayudó á ponerle en la cama, pues está probado que tenía perdido el conocimiento. Resulta de las declaraciones de los criados que en el pabellón había preparada una cena de dos cubiertos. ¿Para quién? Lefrançois no cenaba nunca. En la turbación en que todos ustedes se encontraban, la señora de Lefrançois no se cuidó de hacer desaparecer las huellas de aquella cena. ¡Vamos! ¿Es usted el que cenó allí?

Bernardo no respondió. Veía aparecer la verdad más fuerte, más evidente cada momento, y envolverle insensiblemente. Se creyó perdido y, sobre

todo creyó que lo estaba Florencia. ¿Era eso lo que él había prometido?

Una desanimación inmensa le acometió. Él, el hombre de la vida material, no estaba acostumbrado á hacer esfuerzos intelectuales tan vigorosos como era preciso para luchar contra aquel terrible adversario y sintió el desfallecimiento que en un momento dado pone siempre á los acusados á merced de los jueces. Pensó con horror que en el curso del proceso tendría que encontrarse enfrente de Florencia, sostener sus miradas, escuchar sus quejas y sus protestas y soportar su desprecio, pues la había entregado al entregarse él mismo. Midió todas las persecuciones, todas las amarguras, todos los rigores que tendría que sufrir antes de llegar al jurado y le estremeció la idea de sentarse en el banquillo de los acusados. Las lágrimas asomaron á sus ojos, le zumbaron los oídos y á través de aquella emoción oyó que decía el juez:

— ¿No quiere usted responderme? ¿Está usted fatigado? ¿Quiere usted descansar un rato antes de continuar el interrogatorio?

— Bernardo movió la cabeza y dijo con voz sorda:

— Señor juez, me siento muy mal... Esta mañana sentí violentos ahogos...

— ¿Quiere usted que llamemos un médico?

— No.

El joven sonrió fatídicamente y preguntó :

— Si yo muriese ahora de una aneurisma, mi muerte simplificaría mucho las cosas, ¿ verdad ?

El juez le miró con inquietud buscando qué sentido podrían ocultar aquellas palabras.

— No hay que morir, señor mío, contestó, sino vivir para disculparse.

— ¡ Oh ! yo soy lo que menos importa. Lo triste es que hay inocentes que pueden ser comprometidos... Si yo desapareciese, se acabaría la causa, ¿ no es así ?

El juez no contestó pero se dispuso á llamar, suponiendo que iba á producirse algún incidente lamentable. Miró al escribano y le encontró borrando tranquilamente con la goma unos borriones del papel. Bernardo se levantó en ese momento y se dirigió á la ventana. El juez creyó que iba á abrirla y exclamó :

— ¿ Qué hace usted ? Vuelva á colocarse al lado de mi mesa. Voy á llamar...

Pero no tuvo tiempo de hacerlo. Bernardo se volvió un segundo y estalló una seca detonación. Una ligera nube de humo blanco subió hacia el techo, un revólver cayó á la alfombra, y el acusado giró sobre sí mismo y cayó de rodillas sosteniéndose con ambos brazos en el respaldo de un sillón. El juez fué hacia él de un salto :

— ¡ Desgraciado ! ¿ Qué ha hecho usted ?

Bernardo, pálido y con la mano en el costado izquierdo, del que no salía ni una gota de sangre, respondió débilmente :

— He suprimido el culpable. Ya no habrá ni cómplices ni testigos...

Un espuma sanguínolenta asomó á sus labios, tosió violentamente ; sus ojos se volvieron y dando un grito, cayó al suelo, se estremeció convulsivamente durante unos segundos y quedó inmóvil.

— ¡ Está muerto ! dijo el escribano. ¿ Qué hay que hacer, señor juez ?

— Avise usted á la guardia ; que traigan una camilla. Voy á ver al fiscal de la Audiencia.

El juez reunió sus notas, cerró el proceso y dijo echando una mirada de contrariedad al cuerpo que yacía inanimado :

— ¡ Qué lástima ! Un asunto tan bonito..